

Nos el Dr. D. José de Lorenzo y Aragonés,  
Presbítero, Vicario Eclesiástico de esta H. V.  
y su partido, etc.

Por la presente, y por lo que á Nos toca,  
concedemos nuestra licencia para que pueda  
imprimirse y publicarse el *segundo* tomo de la  
obra titulada HISTORIA DE LA ELOCUCION CRIS-  
TIANA, escrita por D. Antonio Bravo y Tudela,  
mediante que de nuestra orden ha sido exami-  
nada, y no contiene, segun la censura, cosa  
alguna contraria al dogma católico y sana mor-  
al.—Madrid y Diciembre veintidos de mil  
ochocientos sesenta y cuatro.—Doctor Loren-  
zo.—Por mandato de S. S., Licenciado Juan  
Moreno Gonzalez.—Hay un sello.

## HISTORIA

DE LA

# ELOCUCION CRISTIANA.

## LIBRO SEGUNDO.

### ÉPOCA SEGUNDA.

#### CAPITULO PRIMERO.

Consideraciones generales sobre la segunda época de la ELOCUCION CRIS-  
TIANA.—Estado general de la oratoria sagrada durante la primera  
mitad de los siglos medios.—San Martin y Sidonio Apolinar.—Boe-  
cio.—Casiodoro, Facundo, Obispo de Herminia, San Eloy, Beda,  
San Juan Damasceno, San Andrés de Creta, Teodulfo, Rabano Mauro,  
Alcuino, Pedro Damiano y Scoto.

Difícil tarea la de querer resumir en unas cuantas pági-  
nas los hechos mas culminantes que tuvieron lugar durante  
los siglos medios; época no conocida primero, calumniada  
despues, y hoy juzgada por algunos bajo prismas distintos,  
si bien partiendo todos de su grandisima importancia para el  
conocimiento de la historia y el porvenir de los pueblos.

Solo contemplando esa série de siglos que convencional-  
mente se llama *edad media*, y que nosotros vamos á estudiar  
bajo una de las manifestaciones del espíritu de mas trascen-  
dencia, á la luz de un criterio elevado, de un principio filosó-  
fico, de una idea generadora de bien y de progreso, es como

únicamente es posible determinar las tendencias, los móviles que impulsan, que agitan á cien pueblos distintos por su origen, su idioma y sus costumbres, que trabajan al parecer separadamente, y que sin embargo obedecen una ley fija, constante, que se realiza en la variedad, conduciendo al género humano á su mayor perfeccion, á dias mas risueños, mas tranquilos y venturosos.

No es ciertamente un paréntesis en la historia la época que vamos á estudiar; no fueron tinieblas sin nombre, años de estéril barbárie y de estúpido desenfreno, como han dicho Helvecio, Raynal, Montesquieu, Tiraboschi y Botta; la edad media que Voltaire consideraba indigna de ser conocida, como no fuese para ser despreciada, es por el contrario digna de toda nuestra atencion. «En ella, dice un célebre historiador contemporáneo (1), debemos buscar las razones de nuestro ser, los títulos de nuestros derechos: ensáyanse durante este período toda especie de leyes, feudos, alodios, manos muertas, libre posesion, enfiteusis, derecho sálico, gótico, lombar-do, eclesiástico, latino; todo linaje de servidumbres y privilegios; la libertad aristocrática del noble, la individual del sacerdote, la privilegiada de las inmunidades, de los gremios y los conventos, la representativa de los comunes, la esclavitud romana y política, la del terreno y del extranjero; poderes distintos y todos ellos en lucha, el esterminio y la renovacion, el desórden y la armonía, el ateismo y la supersticion, la *herregía* y el *dogma*; todo esto mezclado, confundido, á la manera que en los templos y los caminos se veian indistintamente magnates y caballeros, Obispos y sacerdotes, frailes de todas las órdenes, magistrados, cofrades, artesanos, peregrin-

(1) César Cantú.

nos, aldeanos... todos con trajes diversos en forma y colores.»

Tan hábil es el retrato, que nada podemos añadir: la edad media no fué solo época de destruccion, de agitaciones y tumultos, de contiendas y disputas: fué tambien período de renovacion, de grandes hechos y heróicas acciones, magnífica epopeya del género humano no abandonado á sus propias fuerzas, ni á sus limitados recursos, sino vivificado al calor de una doctrina sublime, guiado por ella, conducido por ella, y salvado, en fin, por ella.

Sin la palabra del Obispo, del sacerdote y del misionero, las ruinas del imperio mas formidable hubiesen bastado para interrumpir durante muchos siglos la marcha de la humanidad: sin la palabra cristiana, móvil poderoso, elemento nuevo que infundia esperanza, fé, resignacion, aliento y vida, los pueblos que la Providencia destinaba para abatir el orgullo romano hubiesen asolado mas aun que asolaron, hubiesen destruido mas aun que destruyeron, y á mas de esto no hubiesen jamás reconstruido, é impotentes para todo bien, solo el mal hubiera legado á las generaciones futuras.

Entra solo en nuestro cálculo contemplar el poderoso influjo de la Elocuencia cristiana en los siglos medios; recordar á la juventud los nombres venerandos de esos conquistadores pacíficos, que recorriendo los pueblos, que siguiendo á los soldados, penetrando en los campamentos, colocándose mil veces á la cabeza de las legiones en el momento de mayor peligro con un crucifijo en la mano, dijeron á los hombres: *Andad, proseguid; nosotros os diremos cuál es el camino...*

Si para apreciar la edad media hemos dicho que es necesaria una luz, un principio filosófico, nosotros tenemos mas aun, tenemos la clave, el gran móvil, el secreto de los sucesos

que en confuso tropel se agolpan á nuestra memoria, y cuya esplicacion está en esfera mas alta que en la voluntad y el capricho humano, está en la Providencia, á la cual refirió la historia por vez primera el gran Agustin, trazando para siempre la senda segura de explicar al hombre en conjunto y aisladamente sin temor de equivocarse.

Dios, presidiendo la marcha magestuosa de los siglos y las edades; Dios, guiando al hombre hácia un fin de que se habia extraviado, y que aun hoy á cada paso parece olvidar; Dios es y debe ser constantemente la mira del historiador; en Dios se explican los misterios que no alcanza la razon, y á Dios se refieren los arcanos mas impenetrables en ese tejido de sucesos, al parecer contradictorios, que registra la historia, y que todos por vias distintas conducen al hombre á la realizacion de sus destinos, al logro de sus legítimas aspiraciones. Si por un instante la voz de los oradores á quienes hemos admirado en los últimos capítulos del libro anterior parece extinguirse; si con efecto se interrumpen los monumentos imperecederos de la palabra cristiana, aun entonces llena esta una gran mision civilizadora, y los Pontífices de Roma, los Obispos y los sacerdotes adheridos á la cátedra de la unidad, se ven rodeados del amor y el respeto á que eran acreedores por sus grandes virtudes, el brillo de su ciencia y la santidad de su carácter. En medio de la confusion general ejercen con imponente autoridad el ministerio de la predicacion, y los bárbaros, que á pesar de la ferocidad de sus costumbres abrigaban en su alma cierta generosidad y grandeza, admiranse primero al ver á aquellos hombres celestiales que les hablan un idioma universal, prestan fácil oído á las sublimes doctrinas de la fé, y abren por último sus corazones á los nobles sentimientos que

esta les inspira, viniendo á convertirse las banderas de los soldados, segun San Gerónimo (1), en insignias de la cruz. «La pintura del saludable patibulo, continúa, decora la púrpura de los reyes y brilla en las piedras preciosas de sus diademas.... Ya el egipcio Serapis se ha tornado cristiano; de la India, de la Persia y de Etiopía, llegan diariamente turbas de cenobitas; el armenio ha depuesto sus aljabas, los hunnos aprenden los salmos, los hielos de la Escitia hierven con el calor de la caridad, y el brillante y rojo ejército de los getas lleva por toda la redondez de la tierra los estandartes de la fé.»

La conversion de los bárbaros es un gran título de gloria para la Elocuencia cristiana, nueva prueba de su origen divino, confirmacion nueva de las promesas del Señor. Roma habia creído unir los pueblos, y los pueblos permanecian separados; Roma habia pensado subyugar las voluntades, y su opresion era el único secreto de su poder.... Al llegar á sus puertas Atila se detiene; pero no es asombrado de su grandeza y esplendor, sino porque vé en el Pontífice San Leon algo digno, algo que fascina, algo que subyuga su voluntad y suaviza sus instintos de sangre y de venganza.

He aquí la nueva mision de la Elocuencia cristiana durante los siglos que en este libro vamos á historiar; mision que desempeña gloriosamente, trocando las costumbres de aquellos pueblos feroces que la Providencia empujaba sobre el imperio romano para castigar su corrupcion y sus crímenes, saliéndoles al encuentro aun en las regiones septentrionales, á fin de ganarlos para el Dios de paz y de misericordia y de inspirarles sentimientos de humanidad en favor de las naciones mismas que iban á someter.

(1) Epíst. LVII *ad Lactam*: «De substitutione filia.»

Los Apóstoles habían convertido el mundo por medio de la predicacion; sus sucesores lo convirtieron por segunda vez, ó mejor dicho, muchas veces mas; tantas como el mundo ha sido regenerado.

Mientras se propaga la guerra, el Cristianismo predica una doctrina igual, de paz, de justicia, de sumision racional y mútuo afecto: el clero, confundido entre la multitud, disminuye la efusion de sangre, enlaza, une, hace amar una pátria comun, derriba las barreras que dividen pueblos y voluntades, rompe las cadenas del esclavo, conserva los restos que han llegado á nosotros de la antigüedad clásica, eleva magníficos monumentos inspirados por la idea salvadora que hace reinar entre los hombres, realiza, en fin, la mayor de las conquistas, la conquista moral del género humano; y la Iglesia, arca de salvacion en el naufragio, saca á salvo é incólume lo que hoy mas nos halaga, seduce y envanece.

Solo la Iglesia se muestra *una* donde todo es vario; solo la Iglesia se alza magestuosa é imponente desafiando la tormenta, y pasa por un período, de oscurantismo primero; de agitacion y de lucha, despues; de poderío, de fuerza, de energía, mas tarde; reuniendo en su seno durante este período todo lo grande, todo lo noble y digno de ser estudiado.

Como no todos los que abrazaban el Cristianismo, dice el sábio Obispo de Beja, correspondian á la vocacion, defecto mas sensible en las personas del santuario, no se descuidó el demonio en impedir los felices progresos de la religion, valiéndose por nuevos artificios de la malignidad de la gente orgullosa para sembrar el error. Vencidos en los primeros siglos los hereges y todos aquellos que viviendo fuera del templo solicitaron su ruina, no apagado aun en los

hombres el espíritu de inquietud, se empezaron á fermentar en el mismo seno de la Iglesia nuevas divisiones: estas la obligaron á rebatir, por medio de sus ministros, la ingratitude de aquellos á quienes ella habia engendrado. Aunque abundante en copiosísimos frutos este misterioso árbol, con todo, la fecundidad de los monstruosos tallos que de él brotaban degenerando de tan buen tronco, parece querian corromperle. Este fué uno de los sucesos que mas escitó la diligencia y vigilancia de los Obispos santos, los cuales, armados de celo infatigable, predicaban constantes y fieles las verdades de la religion y celaban sobre la pureza del sagrado depósito.

«Cuando los príncipes habian perdido su poder, cuando los grandes y señores aspiraban á su independenciam y el resto de la sociedad era esclava, Gregorio VII pensó en levantar la soberanía del Papado, para por este medio hacer que la sociedad debiese á la Iglesia su salvacion.... La Iglesia consagraba el *poder*, y el poder es el que dirige y gobierna á los pueblos; el concurso de las voluntades individuales sancionaba con su obediencia el derecho del soberano, y á la vez sancionaba la proteccion benéfica en la Iglesia: de aquí resultó el engrandecimiento de Europa; Europa fué grande tan solo por la elevacion del Papado.»

Ocupan por este tiempo la atencion de historiadores ilustres los abundantes frutos de la predicacion en Africa, Asia y Europa hasta el siglo VIII. ¿Qué delicadeza de ingenio y constancia de virtudes no pedia en los ministros de la religion la ceguedad atrevida de los arrianos? Para triunfar de estos, la Providencia, pronta siempre á preservar de la sumersion la nave de la Iglesia, se manifestó en nuevos Atanasios. ¿Qué

riqueza de doctrina no traian y distribuian á los fieles los predicadores de la fé y de la ley, cuando se ausentaban de los sinodos, que la necesidad hacia frecuentes para desterrar de la casa de Dios la ignorancia y la malicia, y para reformar y mantener la disciplina de la Iglesia? El fruto de las fatigas de los operarios del Evangelio brotaba en las conversiones y retractaciones de los que se habian dejado engañar de los doctores falsos, en el martirio de innumerables confesores de la verdad, en las conversiones de los gentiles y en la penitencia de los cristianos.

A fines del siglo VI, el Papa San Gregorio enseña á los fieles con sermones dignos de la santidad de tan grande Pontífice. El convirtió á Inglaterra por la mision del santo monge Agustino. Llegó el siglo VII, en el que fueron de mayor necesidad las instrucciones mas vigorosas para sostener á los católicos en la verdadera creencia, á presencia de hereges que negaban dos voluntades en Jesucristo: con la predicacion del Evangelio se reparó en el Occidente la ruina fatal que experimentó la cristiandad en el Oriente y Mediodía, por la invasion de los musulmanes, discípulos de Mahomet.

La nueva Iglesia de Inglaterra se habia hecho ilustre por la conversion de los pueblos, que atraian los reyes con su celo y santidad, sirviendo estos alguna vez de intérpretes á los predicadores del Evangelio, como hizo Oswaldo, rey de Northumberland. Por este tiempo fué célebre la mision de San Adám y otros religiosos irlandeses, difundiendo su palabra con la mayor solicitud. Abundando en Grecia la Iglesia anglicana, engendraba santos del mismo modo que se multiplicaba en la produccion de nuevas Iglesias. Las misiones de San Wilfrido de Yorc, convirtieron la Frisia; y San Willebrod continuó con

felicidad la misma empresa. Estinguido el imperio de los Godos, en cuyo tiempo fué la Iglesia de España muy santa é ilustrada, supo tambien conservarse en la irrupcion de los moros por la predicacion de sus ilustres pastores.

En el siglo X, y por ministerio de San Ascario, se formaron las Iglesias de Dinamarca y de Suecia entre persecuciones y prodigios; mas tan solo por una parte la gratitud correspondió con el ministerio. Por estos años tambien conocieron el Evangelio los búlgaros sometidos á la Iglesia de Constantinopla, que por una desgraciada alternativa, ya experimentaba el gobierno justo de San Ignacio, hijo del emperador Miguel Curopalata, ó ya el de Phocio, intruso por los artificios de la ambicion. Las violencias de los iconoclastas, sus injurias y otros bárbaros efectos con que se empeñaban en reputar por ídolos á las santas imágenes, torpe efecto del olvido de las virtudes de sus prototipos, por cuyo respeto se hace lícito el culto religioso, esta cizaña sirvió, pues, de pábulo á los predicadores de la religion para aumentar su celo, de que fué digno maestro el monge San Juan Damasceno.

¿Hubo acaso combate en el siglo X, en el que triunfando los reyes católicos de los bárbaros, el Evangelio no estendiese sus conquistas? ¿No abrazaron los normandos el Cristianismo? Desalojados los sarracenos de Italia, Francia y de Leon en España, ¿no quedó libre campo para ser tambien libre la predicacion de la doctrina? Si volvemos al Norte, los trabajos apostólicos de los santos Arzobispos Unnio y Adeldague, restablecieron en Suecia y Dinamarca la religion, perseguida y casi estinguida. Lo mismo hizo en Polonia San Jordan Obispo.

La publicacion de las cruzadas, establecidas para arrojar á los enemigos de la religion de aquellos lugares santos en que Jesucristo redimió á los hombres, fué en los siglos siguientes la continua ocupacion de los predicadores. Hubo tambien ministros de tan santa intencion, que persuadian y enseñaban las doctrinas de la fé en aquellos lugares en que los guerreros cruzados habian fijado su poder. Entretanto que se ejecutaban aquellas espediciones, con bien difícil fruto unas veces, y con ninguno otras, continuaban las misiones ganando almas para Dios, convirtiendo infieles y reformando á los cristianos que, con la libertad de las peregrinaciones, iban degenerando.

A proporcion de las victorias contra los bárbaros, crecia la libertad de esparcir la buena doctrina; y á proporcion que se aumentaba el número de los fieles, se propagaba el culto. Así vemos que obtenido por el primer rey de Portugal don Alfonso el triunfo contra el poder de los moros, comenzó con una victoria la época de esta monarquía. Tambien tuvo principio la renovacion de la Iglesia Lusitana, para cuya obra movian las misericordias del Señor, las virtudes de sus justos y la sangre de sus antiguos mártires.

Las órdenes mendicantes nos ofrecen desde el siglo XIII una série de oradores insignes, de quien haremos especial mencion; y por último, España se alza al finalizar la época que vamos á estudiar; despierta del marasmo científico y literario que caracteriza en gran parte los siglos medios, é inicia el período de la renovacion de las letras y la grande época de la elocuencia en Francia durante el reinado de Luis XIV.

Merced á los trabajos de la Iglesia, en la edad media se constituyeron las nuevas nacionalidades; hicieronse pueblos

libres, pueblos que fueron siempre esclavos: sobre las ruinas de la sociedad antigua se alzó la nueva, y los ministros de la religion fueron, por decirlo así, sus gefes supremos; dirigieron los pueblos y los reyes; defendieron á los unos contra la tiranía, y á los otros contra la licencia y la rebelion, é hicieron introducir paulatinamente en el gobierno de los Estados las máximas del Evangelio y las decisiones de los concilios. Dicese que abusaron á veces del influjo concedido á su ciencia y á su mérito; abuso benéfico hubiera sido este si por ventura aceptásemos una frase que contradice y rechaza la historia: la Iglesia no abusó jamás de su poder. «Cuando un rey inclinaba su cabeza para recibir sumiso el bautismo, no se trataba única y esclusivamente de un hombre ganado para la ley de Cristo, sino de una nacion conquistada para la humanidad (1);» y Chateaubriand, Maistre, Bonald, Michaut y otros muchos, han demostrado que á la Iglesia Católica debe el mundo cuanto de bueno existe en las sociedades modernas.

«La Iglesia se levanta durante los siglos medios como cuerpo visible y poderoso, como centro de fuerza y de saber, en medio de las tribulaciones del mundo, para conservar el sagrado depósito de la doctrina evangélica, y trasmitir á las futuras edades la luz de las ciencias y de las letras, próxima á extinguirse al soplo de la depravacion y de la barbárie; y así vemos que si por espacio de dos siglos conturbaron y devastaron innumerables y feroces naciones cuanto existia entre Constantinopla y los Alpes Julianos, cuanto se encerraba entre el Oceano y el Rhin, no siendo posible recordar sin lágrimas la desventura de las Galias y de la península Ibérica: si estremeciéndose el Oriente vomitaba el Cáucaso enjambres

(1) César Cantú.

de hunnos, que volando de una á otra region en sus ligeros corceles, derramaban por todas partes el terror y la muerte, no perdonando ni la religion ni la dignidad, y ensangrentándose al mismo tiempo en el anciano que en el niño, en medio de tan espantosas convulsiones se alzaba cada vez mas radiante y pura la luz del Cristianismo, consumándose por este medio el mas prodigioso de sus triunfos (1).»

La edad media principia en época aciaga para los pueblos, y cuando termina todos son iguales ante la ley, máxima fecundísima que había enseñado á los hombres el ministro de Jesucristo desde el santuario; álzase por do quiera magnificas catedrales, albergues para los tristes, asilos para los perseguidos y escuelas para los ignorantes; los tesoros de la antigüedad se han salvado; el espíritu alienta; la imprenta asegura para siempre los destinos del saber; nuevos mundos exigiendo mayores sacrificios redoblan la fé, el entusiasmo del sacerdote de una religion universal, y todo demuestra á los espíritus frios é indiferentes que sin la Iglesia, sin el espíritu religioso, sin la predicacion, sin las cruzadas, los concilios, las misiones y los monasterios, verdaderos santuarios de la idea en todas sus manifestaciones, la suerte de la humanidad habria sido bien diversa, y hoy lloraríamos los tristes resultados de aquel trastorno universal.

«La historia, al presentarnos el cuadro general de los desastres de la especie humana en la edad media, dice Chateaubriand, ha dejado sepultadas en el olvido las calamidades particulares, siéndole imposible dar cuenta de tantos infortunios. Sabemos únicamente por los apóstoles cristianos una parte de las lágrimas que enjugaban en secreto. La sociedad, trastor-

(1) Señor Amador de los Rios, *Hist. de la Lit. Esp.*

nada en sus cimientos, privó hasta la misera cabaña de la inviolabilidad de su indigencia, y no se vió ya mas segura que el suntuoso palacio: en tan aciago tiempo, cada tumba encerraba un desgraciado.

Huyendo de los bárbaros de Europa, los romanos se refugiaban en Africa y en Asia; mas en estas provincias remotas hallaban otros bárbaros: arrojados del corazon del imperio á los extremos, repelidos de las fronteras al centro, podian decir que la tierra se había convertido en un parque donde los batia un círculo de cazadores.

San Gerónimo recibió á algunos restos de tantas grandezas en aquella gruta en que el Rey de los reyes había nacido pobre y desnudo. ¡Qué espectáculo y qué leccion ofrecen aquellos descendientes de los Escipiones y de los Gracos, refugiados al pié del Calvario! San Gerónimo comentaba entonces á Ezequiel, y aplicaba á Roma las palabras del profeta sobre las ruinas de Tiro y Jerusalem: «Haré que suban contra vosotros muchos pueblos, cual hace subir el mar las olas destruirán las murallas hasta el polvo.... Haré que recaiga sobre los hijos de Judea el peso de sus crímenes.... Verán venir horrores sobre horrores.» Mas al leer aquellas palabras, *pasarán de un país á otro, y serán conducidos cautivos*, el solitario clavaba los ojos en sus huéspedes y prorumpia en lágrimas.

Y sin embargo, la gruta de Belen no era ya un asilo seguro: otros destructores despojaban á Fenicia, la Siria y el Egipto. El desierto, cual si fuera arrastrado por los bárbaros y mudara de sitio con ellos, se extendia á las comarcas, en otro tiempo mas fértiles; y de provincias que se habían visto animadas con pueblos innumerables, no quedaban mas